El poderoso **papel evocador** de unos **hierros**

Algunas historias sobre cepos en Sierra Morena centro-oriental y el Wild West (EE.UU) entre otros lugares

Cepos para la caza de humanos: *Homo homini lupus*

Javier Ruiz

EL CORZO

una publicación de la

Sociedad Gaditana de Historia Natural

EL CORZO
VOLUMEN IV - AÑO 2016
Sociedad Gaditana de Historia Natural

El poderoso papel evocador de unos hierros

Algunas historias sobre cepos en Sierra Morena centro-oriental y el Wild West (EE.UU) entre otros lugares

Don Benito (Extremadura) y Sherrill (Estado de Nueva York), historias paralelas a ambos lados del Atlántico: de las trampas de acero a las barbacoas y cuberterías

Cepos para la caza de humanos: *Homo homini lupus*

Javier Ruiz

Puede que tan solo queden unos pocos lobos en Sierra Morena, tal como informa la Junta de Andalucía a través del censo 2012-2014 del MAGRAMA (1). O que lleven ya años extinguidos, como públicamente argumenta y en clara diatriba el Dr. Fernando Palacios además de espetar que los últimos observados fueron individuos liberados en 2003 por un grupo ecologista (2). Pero al caso es igual, sendos planteamientos son los pródromos de una extinción por certificar.

Carlanca de la casa de los labradores. Cortijo del Cubillo. Raña de Fuencaliente. Ciudad Real. Honrada por mordidas del lobo hasta los años 70, antes lo fue también en el Valle de Valmayor. Colección del autor. Foto: JM.Amarillo.

Pero de lo que no cabe duda alguna es que la **cultura lobiega** sigue aún bien viva entre el paisanaje de las viejas montañas de Sierra Morena centro-oriental. Ya que ni los planteamientos más fatalistas niegan la presencia habitual del lobo hasta los años 90 del pasado siglo. Es decir, aún estamos a una sola generación –en escala humana- de las interacciones lobo-hombre… y para que existiese desconexión y olvido en cultura oral es necesario que pasasen más de dos desde el último lobo presente –sostenía el Prof. Valverde-. Evidencias de todo esto las encontramos reflejadas en obras generales (3) y en la creciente aproximación a aspectos concretos de la misma (4) (5) (6). Y no solo en lo mueble e inmueble, sino en lo inmaterial que se da por llamar ahora "los intangibles del lobo" (7). Tanto, que todos los aspectos culturales sumados se vislumbran como un notable recurso revitalizador de la economía social de los territorios loberos; y como añadidura, favorecedor de la aceptación de la especie por los propios del lugar (8), existiendo ejemplos en alza en otros territorios.

Justificación y descargo

Seguir la huella cultural del lobo, incluso cuando sólo es relativamente reciente, es aun fácilmente palpable. Ningún animal ha generado tal arsenal de objetos en su coexistencia con el ser humano. Tanto, que posibilita a los que se interesan por su estudio el encontrarse con relativa facilidad ante una suerte de ***souvenirización*** de la especie. Así, chuzos, lancetas de pecho, y especialmente carlancas… son unos apreciados tesoros que adornan los gabinetes de no pocos especialistas. Pero de entre todos es el **cepo lobero** el más inquietante y, en nuestro caso, un poderoso objeto de evocación que justifica nuestro interés y el desear abordar su estudio.

Sobre todo porque el cepo es un objeto tangible y fácil de entender que nos acerca, sin casi abstracción, a unos **momentos donde la existencia y abundancia del lobo era una realidad cotidiana casi en cualquier lugar de España** (9). He incluso simboliza inalterablemente (por la naturaleza duradera de su materia) y en cualquier pequeño rincón de la Península, dada su tremenda abundancia, la lucha más enconada y cruel de todas. De hecho, el haber sido testigo de un animal caído en ellas –y hablamos de lobos- es algo tan espeluznante que cómo decía Boza (10) "es una trampa para sordos"; pues cuesta creer que los lamentos del animal dejara impasible y no conmoviese a nadie.

Eje Peñón del Rosalejo-cresterías de La Cereceda desde la fragua de La Almohadilla: territorio en la sempiterna "madre" de los últimos lobos andaluces. Foto: Paco García Carmona

"… Comenzaba a anochecer, pero un espléndido plenilunio nos permitió bien pronto realizar cuantas operaciones exigía el procedimiento que nos disponíamos a emplear –dijo nos unos de los cazadores-. Empezamos por trabar fuertemente con cuerdas los cuatro remos del asno que nos condujo (y cebo vivo a la sazón), *pues a toda costa había de impedir que se moviera. Hecho esto, desaparejamos y a distancia de dos o tres metros aproximadamente rodeamos al animal de cepos, que, a fin de que la fiera no los arrastrase, y los sujetamos por medio de alambre a unos clavos que hundimos a martillazos en el suelo.*

Quedaba la trampa preparada a nuestra satisfacción.

Ahora a esperar acontecimientos –me dijo Catalino- y apartándonos hacia unas peñas que a no mucho trecho habíamos elegido para nuestro refugio, amartillamos las escopeta y nos dispusimos a la espera: una espera que había de ser larga…

No nos movíamos, ante el temor de que el más ligero ruido ahuyentase al lobo, si como suponíamos llegaba por su olfato hasta la bestia, que rodeada de cepos ofrecíamos a su ferocidad.

Por fin, cerca de las once de la noche, cuando el cansancio comenzaba a rendirnos, se presentó la fiera.

Un lobazo enorme, viejo, cuya presencia imponía respeto, y aun diré que miedo, si he de ser sincero…

Le oíamos acercarse cautelosamente, pararse a pocos metros de la caballería, como si olfatease el peligro, y entrar de un salto a la zona sembrada de cepos…

Un aullido espantoso, un alarido que en el silencio augusto de la noche resonó imponente en las oquedades de las peñas y riscos que nos rodeaban, paralizó de terror todos nuestros movimientos y nos demostró que el lobo estaba aprisionado por la trampa... Había llegado el momento de intervenir, porque la fiera revolvíase enloquecida contra el cepo que desgarraba una de sus patas, mordiendo el arco de hierro hasta

Escultura en bronce de lobo atrapado en cepo. Brooklyn Museum. Antoine-Louis Barye (Francia 1795-1875)

Cepo ibérico lobero" hallado olvidado durante décadas entre jarales en el cuartel de la Tejera. Finca Valdelagrana. Foto: JM.Amarillo.

dejarse los dientes en la doble sierra que lo sujetaba... *Si no se acudía con presteza se corría el riesgo de que el animal, como más de una vez ha ocurrido, se dejase en la trampa la parte aprisionada de su cuerpo y huyera, desangrándose, a morir en su guarida o camino del cubil…"* (11).

Con esta historia, acontecida en la Sierra de Gredos, dejamos claro desde el principio de este artículo, el aspecto intrínsecamente despiadado del objeto. Pero al tiempo, apreciado lector, recabamos la dispensa de que por el tiempo que dure su lectura obvie su execrable utilidad, para así saber de sus contextos históricos y humanos.

La inspiradora Sierra Morena centro-oriental

Como en anteriores ocasiones (5) (6) (12), centramos de nuevo nuestro interés en las sierras existentes en la confluencia de Córdoba, Jaén y Ciudad Real. Y al estudio de los cepos allí encontrados en los últimos 20 años añadimos un nuevo *leitmotiv,* al tiempo de ser otro aspecto evocador para este relato. Y es que sin ser tan paradigmático como en la comarca de Las Villuercas (Cáceres) o los Montes de Toledo, el ***relieve apalachense*** de **Sierra Madrona y Valle de Alcudia** (13) nos traslada fantasiosamente a territorios desde donde el trampeo adquiriría el halo de lo mítico. Porque para acercarnos al controvertido interés por los cepos, sin rozar un ápice lo morboso, habremos de recurrir a la "coraza emocional" de la pasión por las tierras salvajes, con las que nos sedujeron en nuestra juventud Jack London (14) (15), A.B. Guthrie, Jr. (16), Vardis Fisher (17) y M. Punke (18) entre otros. Y más cercanamente, Félix Rodríguez de la Fuente y su capítulo de El Hombre y la Tierra "El trampero" (19). O películas basadas en novelas de los autores citados anteriormente como "La llamada de la selva" (Wellman, 1935), "Río de sangre" (Hawks, 1952), "Las aventuras de Jeremiah Johnson" (Pollack, 1972), y "El renacido" (Glez. Iñárritu, 2015).

Estas sierras presentan un perfil muy similar a la cordillera de los Montes Apalaches, situada a lo largo de 2.400 Km del Este de los Estados Unidos. Tiene su origen en el Paleozoico (hace 500-435 millones de años), con sus características cuarcitas, pizarras, esquistos y granitos. Los Apalaches eran las montañas centrales del súper-continente Pangea -y al separarse en continentes y derivar vemos como también conformaron el Atlas marroquí o montañas de Escocia-. Esta globalidad geológica justifica hoy la iniciativa del Sendero Internacional de los Apalaches

Panorámica de Sierra Quintana y Sierra Madrona. Foto: José Manuel Amarillo

(SIA) -que arraiga ya en Las Villuercas-, que con el pretexto de recorrer la geología común allí donde se encuentre, pretende la unión de pueblos y culturas (20). Amén de tener un nombre de origen español, y ser el cuarto nombre europeo más antiguo que se conserva en los EE.UU., para nosotros tiene el interés que, desde y tras ellos, comenzó la conquista del Lejano Oeste de la mano de los míticos *mountain men* (hombres de la montaña) y su enjundia como tramperos (21).

Todo esto para apoyar nuestro trabajo, que partiendo de la pobre dedicación existente hasta ahora al estudio de los cepos en España deseamos incorporarlos al imaginario cultural e histórico, más allá de su justa condena y más allá de su anodino cuelgue en algunos museos etnográficos y muchos mesones de carretera. Y por supuesto, alejarlos de la ignorante y nada selectiva destrucción cuando son decomisados por las autoridades y Administraciones –siendo casi todos convertidos en chatarra e incluso haciéndolos formar parte de la ferralla del hormigón en caminos rurales-.

Porque los objetos, como el cepo en este caso, nos hablan permanentemente de cómo eran nuestros antepasados, retratándolos. Así como también nos retratan hoy dependiendo de nuestra actitud ante ellos, pese a ser de un tiempo pasado.

Extractando lo hábilmente expresado por Fernando Pérez (22), comisario de la exposición "Los objetos nos hablan" del Museo del Prado, vimos cómo en esta se evidenciaba que los objetos son depósitos de la memoria colectiva e individual. Amén de informarnos de las costumbres y las circunstancias históricas de su utilización. Además de establecer relaciones entre conceptos muy diversos, como pretendemos hacer con este artículo. ¿Y por qué no?... invitar a soñar y evocar lugares y momentos.

El estudio del cepo en España

A parte de numerosas referencias históricas al consejo sobre su uso, y en obras dedicadas a la caza y exterminio del lobo -como ejemplo más cercano,

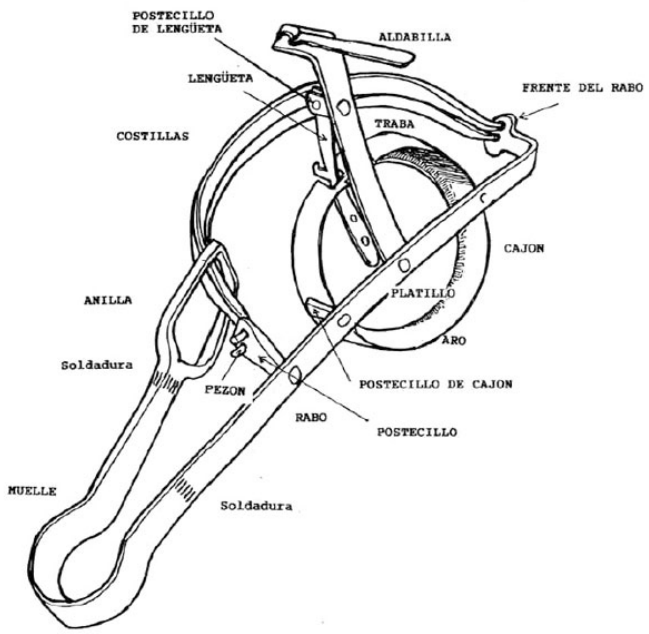


Fig. 5. Cepo ibérico con los nombres que se dan en Don Benito (Badajoz)

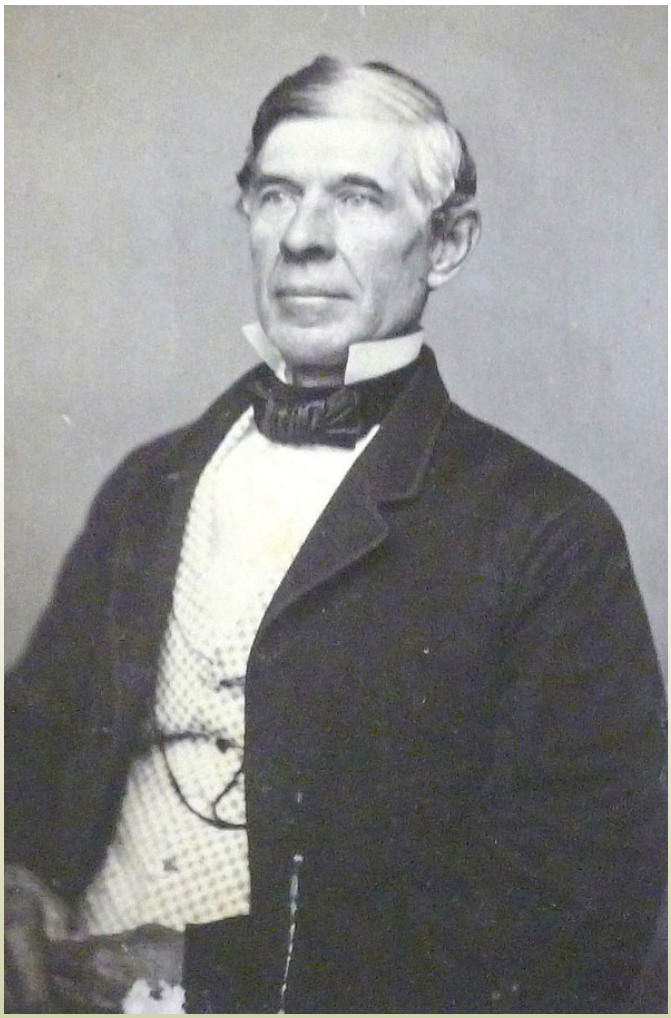
Despiece de un cepo ibérico fabricado en Don Benito. Tomado de J.A. Valverde

la obra "Caza de Alimañas" de España Payá- (23), solo el Prof. Valverde ha abordado su estudio de una manera sistemática. Y lo fue en sendas ocasiones: en un capítulo del Manual de Ordenación y Gestión Cinegética editado por el IFEBA en 1991 (24) y en el posterior y perfectamente complementario, a la par que magistral, aparecido en su libro "Los Lobos de Morla" (1992) (25).

Pero poco o ningún interés más se le ha prestado, salvo unas someras menciones aparecidas en la pionera aproximación a las artes del trampeo en general y sus tecnologías asociadas, abordada por Moisés Boza en 2002 (26). "El trampeo y demás artes de caza tradicionales en la península Ibérica" es un best seller en el mundo de la caza que con 10.000 ejemplares vendidos, denota un ¿disimulado? interés por estos aspectos de la Historia Natural cinegética.

Sin pretender reescribir lo sabiamente recogido por Valverde, sumaremos parte de lo que hemos podido compilar, además de investigar. Porque, valla de antemano, que la crueldad que subyacente a

la naturaleza del objeto parece que ha conllevado un sutil olvido y hasta su desatención investigadora en España, como podremos evidenciar. Al tanto que para poder incorporar ciertos aspectos elementales o evitar carencias, habremos de recurrir una vez más y como en nuestros últimos trabajos, a la "tecnología popular (o no) comparada" (5) (6). Esta vez, con respecto a nuestras naciones vecinas Gran Bretaña (27) y Francia (28), y en especial, a los Estados Unidos de América (29) (30). Este último país verdadero paradigma de la fabricación y uso de las trampas de acero y, como consecuencia, de su estudio e interés por su colección. Además de mostrar un orgullo histórico y casi veneración, que como veremos, también implica a españoles. Todo lo cual nos ofrece sorpresas y hasta el guiño curioso de las "pequeñas" Historias, como la de los paralelismos existentes entre unos señores llamados


Sewell Newhouse. Foto: Oneida Communty Ltd.

Sewell Newhouse en 1852 (29) (30) (31) y Antonio Grande a comienzos del s. XIX (24)… pero uno en un pueblo del condado de Oneida, en el Estado de Nueva York, y el otro en la extremeña comarca de Las Vegas Altas.

Como veremos, ambos diseñaron algunos de los mejores cepos del mundo. Y ambos conllevaron el prestigio de fabricar los de mejor calidad en la posterior industrialización del proceso fabril de sus ingenios. Proceso que llegó a producir hasta 120.000.000 de unidades en Sherrill (29), o las 100.000 unidades anuales en Don Benito (24). Las dos poblaciones exportaron cepos al mundo entero, y los dombenitenses hasta llenaron con ellos vagones de tren (32).

Prevean antes de nada que… por uno u otro motivo, cruzaremos en un vaivén el Atlántico para nuestra exposición.

Una historia en la sierra de Andújar

Comencemos por un acontecimiento cercano en tiempo y lugar a nuestros lobos andaluces.

Decía el famoso ganadero de Andújar y "amigo de los lobos", Leocadio Rueda (4), que allá a finales de los 40 del pasado siglo XX, el repunte de lobos tras la Guerra Civil española se hizo insoportable en Sierra Morena centro-oriental. Tanto, que recurrieron a una nueva fragua que se estableció en la finca La Almohadilla de "Beatas" (apodo de su propietario), que era afamada por sus aperos agrícolas y proveer de carlancas a los pastores. Pero la calidad del hierro usado por su herrero -Antonio Capitán- era mediocre para los grandes cepos que fabricaba, ya que estos eran "hechos añicos por los lobos". No obstante, al saberse de lo duraderos y eficaces que si eran unos realizados en una fragua de Don Benito, mediante la Guardia Civil les mandaron recado por carta, haciéndoles un gran pedido entre muchos ganaderos, vecinos y grandes propietarios (entre ellos los del Panizal y Risquillo o Puerto Bajo). Pero el mayor número lo adquirió para sí mismo el herrero de La Almohadilla, con la intención de comercializarlos luego desde su fragua.

Su parte del pedido fue de tal número que hasta debió solicitar dinero prestado al mismo dueño de la finca, el mismo que años antes le permitió labrar su casa y construir la fragua -Miguel "Beatas"-, tras habérsele presentado y ofrecido como herrero de profesión. Como consecuencia acudieron a adquirirlos, y durante mucho tiempo, gentes provenientes de sitios muy lejanos (Rueda, L. com. pers.).

Ruinas de la fragua y casa de La Almohadilla. Foto: Paco García Carmona

Para recogerlos enviaron nada menos que 6 reatas de burros; es decir, unas 72 bestias de carga.

Tengamos en cuenta ahora que para largas distancias eran más recomendables los burros que los mulos; con una media de carga de 80 Kg por cada uno (pero menos en grandes recorridos); que por cada reata una de ellas se cargaría con el costo para el viaje del arriero; y que los animales debían cargar su propio alimento para la ida y la vuelta en forma de sacos de paja y grano. Es decir, demasiadas variables para que -pese a poder saber el peso aproximado de uno de los cepos- lleguemos a saber con exactitud cuantos se compraron y cuantas "armadas" se sembraron en la sierra con ellos (información que Leocadio Rueda no recuerda). Lo que sí sabemos es que llegaron al extremo de hacer casi desaparecer definitivamente al lobo. Y con el "mérito añadido" de no envenenar el campo con la conocida estricnina (25) (33) y por ende no ir a la contra de los intereses de los latifundistas en el albor de los cotos de caza mayor: los más paradigmáticos del sur de España. Y es que el veneno hubiese acabado con los jabalíes en masa.

Con todo, si podemos pensar que si cada trampa lobera pesase entre los 2.350 gr (24) (25) de los más ligeros y los 3.500 gr de los más cargados de hierro, la compra podría haber sido de cientos y cientos de unidades.

Cepo lobero comprado en Don Benito y traído en las recuas de burros del relato. Propiedad de Leocadio Rueda, estaba expuesto en el centro de visitantes Viñas de Peñallana en Andújar (Jaén). Foto: Javier Ruiz

Consideremos ahora que si una armada mínima exigía de 2-3 cepos (23), pero idealmente un lobero o guarda de finca manejaba una media docena (59); y sabemos fehacientemente que buenas fincas como El Águila en Córdoba armaron hasta 24 (25), no nos parece disparatado pensar en una compra y dotación de armadijas para decenas y decenas de fincas y quizás superasen el centenar.

Barracones en las cercanías de la fragua de La Almohadilla. Foto: Paco García Carmona

Por supuesto que no nos aventuramos a dar por buenas nuestras groseras cuentas. Ni quizá el recuerdo de nuestro estimado Leocadio sea del todo preciso. Pero el caso es que de una manera u otra, se nos denota en orden de magnitud, que allí en Don Benito existió una capacidad fabril que bien podríamos tildar de ser una auténtica "revolución industrial rural" de la postguerra. O la evidencia de una singular "escalada armamentística" en la guerra con el lobo (y toda especie de "alimaña") que casi lo lleva a la extinción, no solo en Sierra Morena, sino en la España de los años 70.

Un poco de sistemática del cepo metálico preindustrial y sus generalidades

Decía el Prof. Valverde que los cepos metálicos fueron el método más ampliamente empleado para la caza del lobo en la España mediterránea. Y que ya se conocían desde tiempo de los romanos, y que los herreros de la Iberia prerromana eran técnicamente capaces de hacerlos dos o tres siglos antes de Cristo (25). Porque la gran dificultad en hacer un cepo se encontraba en el resorte, que debía de ser de acero bien templado y sólidamente unido al hierro dulce (o forjado) de la base y las mandíbulas.

Es decir, a la dureza, ductilidad y fragilidad del hierro más conocido y utilizado de la historia, el hierro dulce, se le unía la flexibilidad del acero en el resorte. Siendo el acero una aleación de hierro con una determinada proporción de carbono. Y aquí es donde radicaba el secreto de la fabricación y donde posiblemente fallase el herrero de La Almohadilla de "Beatas", o que quizás usase "hierro agrio" (procedente de la fundir chatarra y que daría un acero frágil). Pero a estos aspectos volveremos más tarde.

Colección particular de cepos existente en La Mancha. Foto: JM.Amarillo.

En lo que fue realmente innovador Valverde, y en comparación a los estudiosos del cepo en otros países, es que clasificó a los cepos "preindustriales" en base al sustrato donde iban a ser utilizados –los de su mayor interés por ser históricos, desdeñando los cientos de modelos posteriores- (24). Así en el solar peninsular identificó 4 tipos, todos de "pisada", a diferencias de los de "tiro de cebo" más extendidos por el resto de Europa:

- Para **nieve** eran los **cantábrico-pirenaicos** y que nosotros añadimos como idóneos para suelo con abundante **hojarasca**.
- Para **sustrato pedregoso o mixto** (suelo mal caracterizado) en el arco levantino, como el **braó** catalán.
- Para **arenas** en el sur peninsular. Y que lo representa el **cepo moruno o entelado** (y que se extiende por todo el norte de África hasta Irán).
- Y para **tierra**, en todo el centro, oeste y sierras del sur peninsular. Es el llamado "cepo ibérico" y que tras la industrialización también se denominó "gato extremeño" (por su eficacia en matar y hacerlo silenciosamente a su víctima más frecuente –el conejo- y así no asustar a otros conejos ni atraer a depredadores oportunistas) o "del Padre Benito" (en clara desvirtualización de su origen). Es el tipo más utilizado, popular y extendido de todos.

Nosotros apostamos por incluir **un 5 sustrato** a tenor de lo relativamente frecuente de nuestro encuentro con otro tipo de cepo, también con aspecto y signos "preindustriales" (es decir, forjado y armado solo con "soldaduras a la calda" y remaches; pero sin soldaduras eléctricas ni troquelados mediante prensas) pero no citado por Valverde, siendo este y

Gran cepo tipo cantábrico-pirenaico que llegó a la sierra de Hornachuelos de la mano de pastores trashumantes sorianos. Gentileza de Manuel Moral. Foto: Javier Ruiz

como dijimos, su principal criterio de selección. Y que solo hemos reconocido tras saber y comparar con los "pole traps" británicos y estadounidenses (29), es decir, trampas para situarse sobre postes de madera. Y que al tener un resorte circular y no sobresaliente, se situaban en los posaderos de las rapaces (o nidos):

Cepo "sin rabo" hallado en Azuel (Cardeña-Córdoba). Cortesía de José Cachinero. Foto: Javier Ruiz

- Para **posaderos de aves o cepos "sin rabo"**. Indicados para rapaces y córvidos (aunque provistos frecuentemente de una cadena y una pequeña zaraza, que los convertían en polivalentes).

Lo cierto es que gracias a la trashumancia, como vía trasportadora de tecnologías, y a la variedad de hábitats existente en Sierra Morena centro-oriental -con sustratos de todo tipo-, hemos encontrado allí todos los modelos posibles.

Pero volviendo a los tipos de hierro, vemos como en Norteamérica el uso del acero ha fijado con más propiedad el nombre del artilugio: "steel trap" (29). Mientras que aquí lo nombramos "cepo de hierro" donde la palabra **cepo** sustituye a lo que en verdad es, una trampa. En Gran Bretaña, comúnmente se los llama "gin traps" como consecuencia de ser un "ingenio" (27). Ya en Francia se le reconoce como "piéges" y en Portugal "armadilha".

"Pole trap" británico. Foto: Andrew Westcott

A colación citar que "cepo" deriva del latín "cippus" (25) y se aplica a los troncos de árboles (Asturias) y a las vigas de madera embisagradas y con huecos con las que se sujetaban los tobillos de los reos condenados a él. Esto, y que también fueron comunes los cepos de caza hechos de madera, pueden que consagrara el uso de la denominación más común en castellano de la armadija de hierro.

En cuanto a la frecuencia del uso de los cepos de hierro, Valverde tras una argumentada secuencia histórica, da por señalar que ya eran comúnmente empleados en el s. XVII (25). Mismo planteamiento del que parte Richard Gerstell en la más soberbia obra que sobre cepos metálicos podemos encontrar "The Steel Trap in North America" (29). Y a la que recurriremos en varias ocasiones y aspectos.

El cepo ibérico

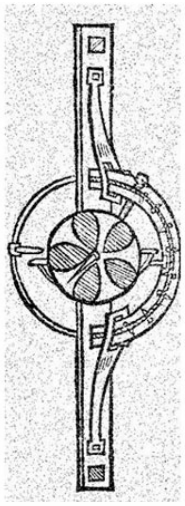
Como la mayoría de cepos de hierro españoles (24), estos fueron destinados mayoritariamente a la captura de conejos. Pero la mejora de sus diseños iniciales, rústicos y pesados, realizados por una pléyade de herreros locales del centro y oeste peninsular (y que nosotros llamamos "cepos ibéricos arcaicos") evolucionó en un depurado modelo menos cargado de hierro. Para luego fabricarse industrialmente. Y para lobos y otros grandes depredadores casi todos portaban agudos dientes en sus costillas.

Pero el éxito del cepo ibérico con respecto a los otros tipos peninsulares radicó en su ligereza de peso y polivalencia ante sus presas, basándose en tallas -como los 1.250-1.300 gr. para costillas de 25 cm. fabricado por Antonio Grande (25). Y sobre todo por dos características:

1. Presentar un aro alrededor del plato de pisada (llamado frecuentemente tambor) que dispara el artilugio (y que no tienen los "cepos ibéricos arcaicos" que según nuestras observaciones, y con las diferentes piezas recogidas en Sierra Morena, tan solo presenta plato). Pues a diferencia de los demás tipos esta sencilla idea evitaba que se introdujeran piedrecillas o tierra bajo él, que imposibilitaran la activación tras la pisada del infortunado animal. Digamos ahora que todos los cepos, sea cual sea el tipo en la península, debían ser enterrados sutilmente (mediante nieve, hojarasca, arena o tierra) en posturas alrededor de un cebo o en pasos frecuentados por los animales.

2. La poderosa capacidad y resistencia de su único -1- resorte o muelle (o "rabo" de manera más coloquial). Que con un magnífico acero templado era suficiente para cerrar fuertemente las costillas.

Desconocemos cuando se implantó el diseño original del cepo ibérico arcaico. Lo que sí sabemos es que en los siglos XVI y XVII, los modelos de cepos metálicos ingleses y los presentes en Norteamérica presentaban generalmente 2 resortes de templado arqueado (29). Y como mejor ejemplo el tipo descrito por Mascall en su libro "Book of Engines and Traps" en 1590 (34). Aunque también los había de resorte único y templado en curva cerrada.



Cepo ibérico arcaico. Obsérvese la carencia de aro alrededor del plato de pisada. Foto: JM.Amarillo. y Cepo citado por Mascall.

Curiosamente en el "Semanario de Agricultura y Artes: dirigido a los párrocos de orden superior" de 1799 (35) -uno de los proyectos más señeros del espíritu ilustrado de España (idea de Godoy) y que pretendía llevar la formación para la modernidad de la producción agraria hasta el último rincón de la analfabeta población rural, mediante la perfecta arquitectura de los recursos humanos de la iglesia, encontramos la promoción de un tipo de cepo de iguales características al citado en anterior párrafo, posiblemente inspirado en el modelo descrito en la obra de Mascall (34). Es decir, doble resorte y templado arqueado. Aunque reconoce la existencia de cepos de resorte único que facilitaban su postura

en ligeras excavaciones en el suelo. ¿Serían estos los antecesores del cepo ibérico?

En cualquier caso ese modelo de cepo de "consejo ilustrado" y "afrancesado" en el Semanario -estigma peyorativo de la visionaria modernidad que pretendía la Ilustración- no debió cuajar. Y los cepos más antiguos que se conservan en España no difieren en mucho de los tipificados por Valverde. Bien es verdad que por zonas norteñas aún podemos ver cepos de tamaños descomunales, que fueron de propiedad comunal de los pueblos y de uso compartido entre sus vecinos, y que presentan 2 resortes (10).

De castores y conejos... de los míticos *mountain men* y los humildes ceperos.

Todos los historiadores reconocen que la conquista del medio y lejano oeste de los Estados Unidos vino propiciada por los tramperos que entre 1800 y 1880 (con momentos de apogeo solo hasta 1840) proveyeron de pieles de castor a la naciente nación al este de los Apalaches y a gran parte de Europa tras su práctica extinción en el viejo continente (21).

Imperaba la moda de portar sombreros de copa o chistera y el posterior bombín (en principio diseñado como un más práctico sombrero para guardas de caza) y para ello el pelo de castor era el mejor. Más que el de nutrias, liebres y conejos. Ya que la estructura física del pelo más corto y suave en contacto con la piel del animal, permite hacer un fieltro de extraordinaria calidad por su robustez, maleabilidad, calidez, pero especialmente por su impermeabilidad. Y lo fue hasta que la escasez de castores coincidió con la nueva moda de fabricar los sombreros con seda (36).

Esos casi 3000 hombres de montaña –tramperos ya de oficio, pero anteriormente pobres campesinos del minifundio del maíz o viejos soldados- que cruzaron al oeste de la cordillera de los Apalaches, en busca de castores, se repartieron por inmensos territorios aun salvajes hasta establecerse también en las Rocosas, estimulados por las más lucrativas ganancias del comercio de pieles. Cuando llegaron,

Trampero americano o mountain men con cepo tipo Newhouse y piel de castor.

las sobrecapturas y el auge de la seda, colapsó su comercio y muchos tornaron a guías del Ejército y de las caravanas de colonos en su emigración al Oeste buscando tierras baratas. También de mormones buscando una patria o de buscadores de oro camino de California. Y lo hicieron por las sendas abiertas por

Sombrero de copa o chistera hecho con fieltro de pelo de castor.

las recuas de mulas que antes trasportaron sus pieles y que más tarde se convirtieron en caminos carreteros. Sin olvidar la importantísima Vieja Ruta Española, la Ruta de Santa Fe y el Camino de Oregón entre otros (37).

Estos personajes encarnaron lo que los americanos llaman *Frontier,* y que no es una línea administrativa como podríamos traducir, sino los vastos territorios salvajes sobre los que han construido su orgullosa nación. Además, ellos encarnan la más íntima comunión con la naturaleza y la liberación de todas las ataduras de los hombres de espacios civilizados (léase leyes y religión… policía e impuestos).

"Sam (Sam Minard; personaje inspirado en uno real llamado John "Liver-Eating Johnson (John "comehígados" Johnson) es Jeremiah Johnson en la película de Pollack) *estaba embelesado, encantado, fascinado por el sencillo hecho de estar vivo y sano, sin reloj que marcase su tiempo, sin jefe que lo vigilase, sin impuestos que pagar, sin papeles que firmar, sin tener que darle cuentas a nadie, excepto al Creador (…). Hubiese dicho que en un mundo ideal todos los hombres tendrían al menos cuarenta kilómetros cuadrados por los que caminar, exportar y sentirse libre".* (17)

Daniel Rodrigo Frutos "Danielón". Último lobero histórico de Sierra Morena. Foto: Cortesía de su familia.

En definitiva los *mountain men* son unos míticos héroes para el imaginario patriótico de los Estados Unidos y prototipos de la libertad del ser humano en general. Y para muchos también, los personajes perfectos para evocar las tierras vírgenes y el amor por la Naturaleza.

En contraposición, y excepción hecha de nuestros también míticos loberos que aliviaban de las "pegadas" del lobo (y que ya tratamos singularmente en anterior ocasión) (12), en España los tramperos más populares en la historia reciente han sido los humildes ceperos. Y también tuvieron en el trampeo una oportunidad de supervivencia económica como los *mountain men*, pero evidentemente más modesta y nada aventurera. Bien es verdad que en el medio rural era cotidiano para casi todas las familias el ayudarse para la subsistencia con pequeños cepos metálicos, dada la abundancia de conejos, recurso proteínico que era en muchos casos recibido como un maná bíblico. No olvidemos que existían también por todo el territorio alimañeros interesados en las pieles de zorro como los "raposeros" (39), cuadrillas de "garduñeros" (38) (12), así como interesados en nutrias y cualquier otro animal, y que todos posteriormente vendían a pieleros y pelliqueros –los mayoristas locales de este tipo de género en muchos pueblos-.

Pero ante las grandes plagas de conejos surgía la oportunidad del "descaste", y el arriendo de los cotos que las sufrían por parte de comerciantes que explotaban el recurso. Pero lo hacían mediante los profesionales por excelencia para ello, los ceperos. Esto fue desde los años 60 y hasta la prohibición de su uso. Y mediante el acceso a los baratos (tenía el valor de dos conejos) y eficaces cepos de Don Benito –con producciones anuales de 100.000 unidades como ya mencionamos-.

"Raposero". Sierra Salvada blog. J.M Pérez de Ana

Nadie como el escritor y periodista Miguel Delibes (1920-2010) describió con precisión este personaje hoy olvidado. Y lo hizo a través de su artículo Pepe "el cepero" en la sección Tribuna Abierta del diario ABC (40). Y nos impresiona leer cómo una cuadrilla de ceperos era capaz de como poco cazar 15.000 conejos al año, con armadas de poco más de 100 hierros. Y cómo en Talavera había hasta 50 cuadrillas en este empeño. También hemos sabido con estupor que en España se capturaban 6.000.000 de conejos al año, generando 200.000 jornales (41). Entendemos ahora cómo casi el 95 % de esas 100.000 unidades producidas al año en Don Benito, fuesen cepos conejeros.

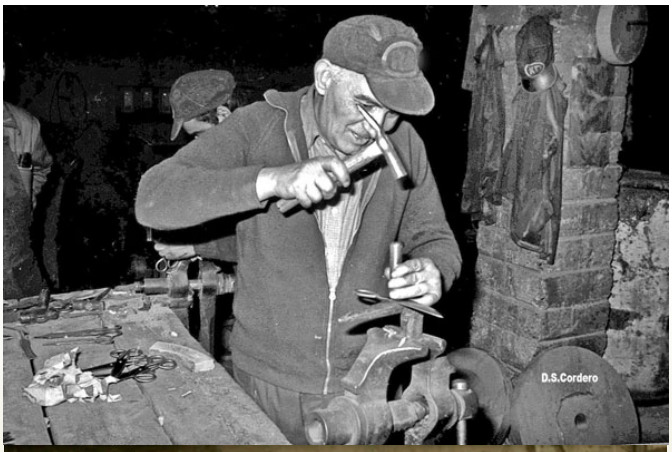
Es inevitable hacer aquí una breve mención del similar papel de los *rabbiter* (conejeros) en Australia y de cómo también diseñaron allí su cepo perfecto de referencia para desconejar en 1935. Y lo fue con la trampa "Ace" (As) de la Henry Lane Ltd. (Newcastle,

Trampa conejera australiana –Ace-. Foto: George Serras

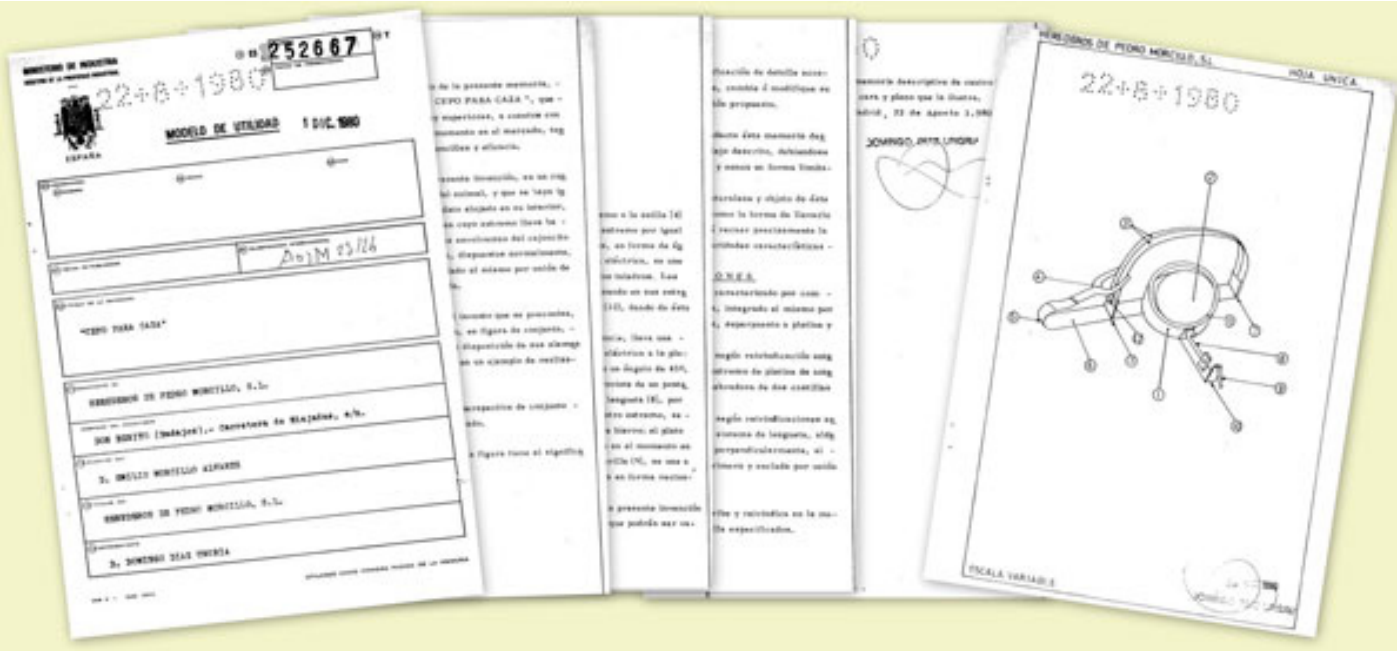
Nueva Gales del Sur). Con hasta 1.000.000 de trampas por año, esta fábrica era la imagen especular, casi en las antípodas, de los talleres de Don Benito (42).

Don Benito y sus herrerías, capital fabril del cepo de caza

Resulta casi enigmática la escasísima información disponible sobre la fabricación de cepos en proporción a lo afamados que fueron. Sabemos



Fraguas y talleres de Don Benito. La primera foto es de los años 70 del s. XX y los herreros aparecen afanados en hacer tijeras. Autor: DISACOR (Diego Sánchez Cordero). La siguiente foto es del primer cuarto de siglo XX. Foto: desconocido.



Patente industrial española para cepos conejeros de los Hnos. Morcillo (Don Benito).

que fue **Antonio Grande** (24) quien a partir de viejos cepos ibéricos hechos por los herreros de Don Benito, depuró su diseño a finales del s. XIX, en un contexto de "pobre tradición herrera" –según Valverde- y dedicada a hacer barrenas, candiles (como los "pico de pato" propios de la zona), herrajes para caballerías, tijeras y navajas. Y que en medio siglo se transformó la localidad en la principal industria del cepo en la Península. Esa apreciación de pobre tradición se contradice poderosamente con Hortigón, según cuenta en su libro "El Caballero del Verde Gabán" donde habla de 400 años de larga tradición de los Cervantes, de apellido, trabajando como herreros al norte de la cercana –a Don Benito- Siberia extremeña. Y cómo se repartían por distintos pueblos de Cáceres, Badajoz, Ciudad Real y Toledo para no competir entre ellos (43).

En la primera década del s. XX, **Antonio Grande** logró establecer una escuela basada en unos cepos ligeros y descargados de hierro, potentes y fiables. Con una calidad de acero, en su resorte o muelle, realmente excepcional (y que le celebrara Pepe "el cepero" a Miguel Delibes). Y sus alumnos Juan Martín, Daniel Coronado y Juan Grande trasmitieron su escuela a numerosos talleres artesanales (hasta 17 en 1931) (44) como los de Sánchez, Delgado, Cerrato, Mora, Carmona y Morcillo.

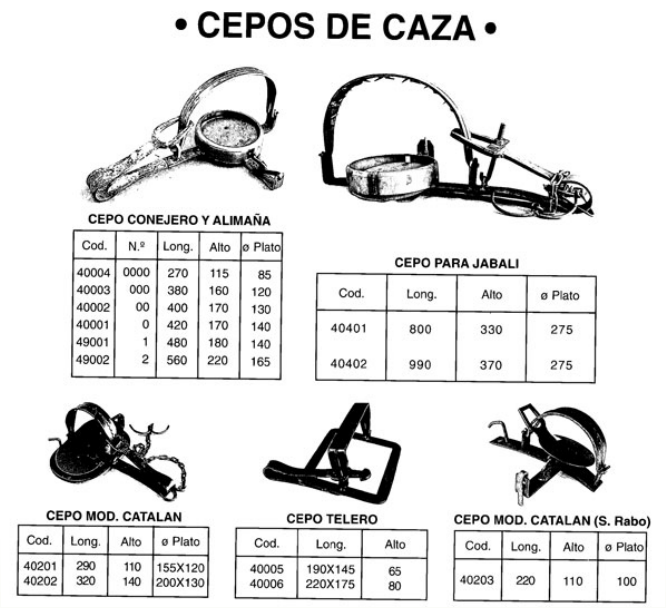
Una cronología de recorrido productivo creciente se evidencia al ir incorporándose el primer martillo pilón en 1915, de mano de Daniel Coronado; la soldadura eléctrica en 1965 por Manuel Cerrato y el troquelado por parte de Emilio Morcillo e hijos (momento de la verdadera industrialización) (45).

Y de Herederos de Pedro Morcillo S.L. encontramos la única patente industrial del cepo ibérico que conocemos y que data tan solo del 22 de agosto de 1980 (46).

El apellido Morcillo aún lo hallamos presente en importantes empresas del ramo del metal hoy en día y que siguen radicadas en Don Benito. Como IMEX El Zorro, cuyo gerente D. Francisco Pastor, ha tenido la amabilidad de facilitarnos un catálogo de los momentos del esplendor productivo. Y que nos resulta tremendamente esclarecedor.

Por un lado vemos cómo con el diferente dimensionado del ingenio, podrían ser útiles para cualquier presa. Y en este punto, la figura del cepo

específico para jabalíes aclara definitivamente y enmienda la extendida creencia (incluso entre reconocidos licólogos) de que ese monstruoso artilugio –que aún puede encontrarse en anticuarios y museos- fuese para lobos (o por lo menos que fuese su principal especie indicada). Obsérvese que requería incluso de un tornillo de presión con asidero para flexionar manualmente el poderosísimo resorte, dado que el peso de un hombre era incapaz de vencerlo. La tremenda presión cizallaría y amputaría la pata del lobo, pudiendo huir y en esta tesitura no pocos lograban sobrevivir. De igual manera, por su gran peso y dimensiones, no sería posible hacer con facilidad el



Catálogo de cepos fabricados en Don Benito. Gentileza de D. Fco. Pastor, gerente de IMEX -El Zorro. (Don Benito).

obligado y repetido tratamiento de "desodorización a humano y a la oxidación" que requerían las posturas de cepos para lobos. Aspecto esencial para un lobero y que trataremos posteriormente. El diseño del cepo para jabalíes, en definitiva, estaba destinado a apresarlos por los "blindados" flancos corporales del animal y no por sus cortas patas.

Pero también vemos como en Don Benito (al menos por los predecesores industriales de IMEX El Zorro) fabricaban 3 de los 4 principales modelos ibéricos (del 5 propuesto por nosotros –el cepo sin rabo- aun no tenemos filiación fabril cierta y ni siquiera descartamos la importación por parte de pudientes propietarios de latifundios). Vemos cómo fabricaban no solo cepos ibéricos –su producto insignia- , sino cepos morunos o entelados e incluso braones catalanes. Estos en clara competencia con un par de talleres barceloneses que desde principios del s. XX y hasta los 60 los fabricaban y distribuían desde las ferreterías más importantes de la ciudad, y cuya existencia cita Moisés Boza en su libro (10).

Sherrill, el "Don Benito" del condado de Oneida (Estado de Nueva York)

La búsqueda de información respecto a los antecedentes del cepo ibérico nos llevó indirecta e inevitablemente al único país que de una manera clara afronta el estudio, colección y puesta en valor de los cepos en general. Porque el intentar buscarlos en el siglo XIX nos obligaba a prestar atención a lo que ocurrió en Norteamérica con raíces españolas en los momentos álgidos del comercio de pieles, y como dijimos anteriormente, por mor del trampeo de castores y la imprescindible necesidad de proveerse de grandes cantidades de trampas de acero, provenientes de muy variados orígenes, incluyendo su importación desde Europa. Esto quizás pudiese arrojar luz a nuestra interrogante.

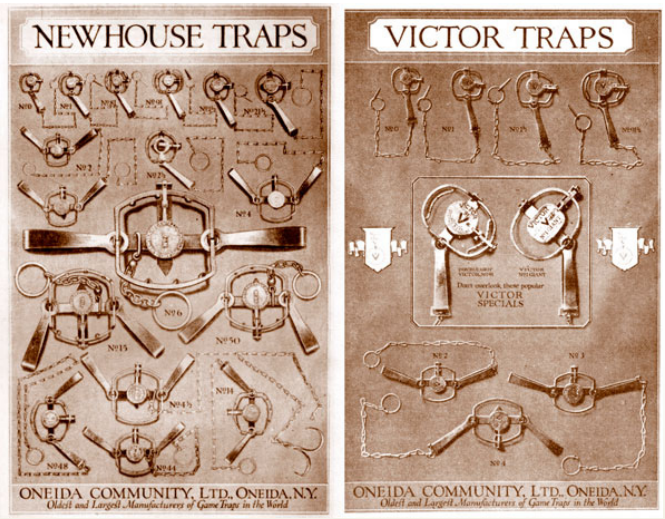
Y si en Don Benito Antonio Grande convirtió a la población en el mayor centro productor de cepos de la Península y posiblemente de parte de Europa occidental, fue Sewell Newhouse quién hizo lo propio con la población de Sherrill para los Estados Unidos y el mundo (29) (30).

Oneida Community Ltd. Trap Factory. Sherrill (1905). N.Y.

Nacido en Brattleboro, Vermont en 1806, su familia se trasladó al condado de Oneida en el Estado de Nueva York. Bien relacionado con las tribus nativas locales se convirtió, gracias a ellos, en un magnífico trampero.

Con 17 años y con la chatarra de la herrería de su padre aprendió a templar el acero con tal maestría que, forjando cepos (los allí llamados "steel trap"), era considerado el mejor de todo su entorno.

En 1849 se unió a la utópica comunidad religiosa Oneida, fundada por John Humphrey Noyes, a orillas del Oneida Creek y a pocas millas de Kenwood, Nueva York. Así en un ambiente de total abandono de lo individual por el bien de comunidad continuó forjando artesanalmente su diseño particular de cepo, el internacionalmente conocido como modelo "Newhouse" (resorte doble). Pero la demanda



Catálogos vintage de las trampas tipo Newhouse y Victor.

fue tal que ya en 1852 lo mejoraron y mecanizaron, y en 1855 representaba una importantísima y rentable actividad comercial para la Comunidad Oneida. En 1860 fabricaron 200.000 al año, y en la siguiente década, llegaron a los 400.000.

La vertiginosa progresión obligó a la contratación de decenas de personas y la construcción de una gran fábrica, en Sherril (1864); la mayor del país destinada a hacer trampas de acero y que les supuso convertirse en uno de los principales focos del desarrollo industrial de América. Llegando a convertirse en los proveedores de la poderosa Hudson´s Bay Company, una de las compañías más antiguas del mundo, aun en activo.

Constituidos en 1881 como Oneida Comunity Ltd. incorporaron un modelo menos costoso (resorte único) y que se convertiría en otro producto de éxito; el modelo "Víctor". Con este conquistaron el mercado llegando a ser la mayor empresa de cepos del mundo. En 1900, dos de cada tres cepos del planeta salieron de Sherrill y en 1910 tuvieron el record de 7 millones de trampas vendidas. Pero ese año dieron un giro a su exitosa naturaleza productiva comenzando a producir cubiertos de calidad, augurándoles un mejor porvenir ante una cambiante sociedad de consumo y finalmente abandonado la producción de trampas en 1925. Atrás quedaban 70 años produciendo cepos con 120.000.000 de unidades fabricadas.

La población de Sherrill ha seguido fabricando cuberterías de calidad hasta prácticamente hoy en día, siendo la principal seña de identidad de su población. Incluso en 2016 están celebrando institucionalmente el centenario de esta dedicación. Y aún se la conoce a la población como Silver City (47).

En 2005 Oneida Ltd., debido a la competencia asiática derivada de la globalización, vendió su marca de cubiertos a Every Ware Global y esta terminó por deslocalizar la industria. Pero la fabricación de cubiertos todavía sobrevivía en Sherril en 2014, a duras penas y sorteando la amenaza de la quiebra de la última empresa dedicada a ello, la Sherrill Manufacturing Inc.

Volviendo a Don Benito, es realmente muy curiosa la similitud que encontramos en la "reconversión industrial" del objeto principal de su actividad, tras la prohibición del cepo y haber estado casi 80 años fabricándolos. Casi los mismos que en Sherrill estuvieron haciéndose. Estos, reconvirtieron su capacidad metalúrgica hacia la producción de cubiertos, y en Don Benito tornando a fabricar

afamadas barbacoas, herrajes, elementos de chimeneas, etc.

¿Cepos españoles en la conquista del Oeste?

Esa búsqueda ya citada del cepo ibérico en Norteamérica, no fue resuelta en Sherill. Pero si encontramos una posibilidad en San Luis de Missouri, al saber que en esta ciudad tras los Apalaches y apodada "la puerta del Oeste", hubo un famoso trampero español.

Porque si bien la mitad de los míticos tramperos eran anglo-americanos y muchos franco-americanos, franco-canadienses y criollos, también hubo auténticos *mountain man* y hombres de frontera españoles y/o de origen hispano. Ya que en definitiva en esas tierras salvajes se encontraban las pugnas, pujanzas e intereses de los tres grandes imperios coloniales (España, Gran Bretaña y Francia) y el español llevaba ya siglos en esos territorios. Además de los consecuentes al nacimiento de la nación más poderosa del mundo.

El más singular de todos fue **Manuel Lisa** (1772-1820) (37) (48), hijo de murciano y madre de San Agustín (Florida), que nacido en Nueva Orleans (para algunos nacido en Cuba) llegó a San Luis de Misuri (San Luis de Illinues) en tiempos de la gran Luisiana española (el Tratado de Paris de 1763 supuso el momento histórico de mayo tamaño del Imperio español. No confundir con el Estado actual homónimo), llegando a fundar una de las grandes compañías peleteras de América, la Missouri Fur Company (29); viviendo una apasionante vida de descubrimientos y aventuras entre tribus indias que invitamos encarecidamente a conocer (48). Pero también encontramos en San Luis de Misuri, al famoso **Pierre Louis Vásquez** (1798-1868) (37) hijo de gallego pese a su nombre y conocido como "Old Vaskiss" por su larga experiencia en la montaña. Ya en Taos, Nuevo México, destacó sobremanera **Mariano Medina** (1812-1878) (37). Y para hacer a estos *mountain men and spanish explorers*, más cercanos en el tiempo, citar a **Andrew García** (1853-1943) (49) que nacido en El Paso, Texas, fue uno de los primeros pioneros americanos de ascendencia hispana en escribir su propia historia y que simpáticamente inspirara la película Little Big Man (Penn 1970) con Dustin Hoffamn.

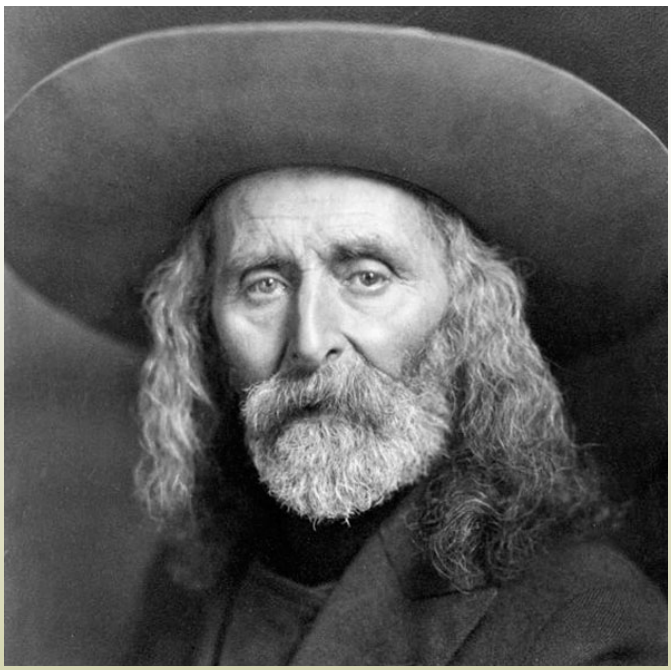
Manuel Lisa. Lápida conmemorativa en el Fuerte que lleva su nombre. Carta comercial hacia su persona.

Pierre Louis Vásquez

Mariano Medina. La foto del protagonista sentado es imagen de la portada del libro de Zethyl Gates "Mariano Medina. Colorado mountain men".

Y donde encontramos una pléyade de nombres de tramperos de origen hispano es en la obra de David J. Weber "The Taos Trappers: The Fur Trade in Far Southwest, 1540-1846" (University of Oklahoma Press-1980). Evidenciándose que los españoles o hispanos no solo buscábamos oro y plata en estos semiáridos territorios del SO. Así sabemos de Manuel Álvarez, un cubano que ayudó a introducirse a los *mountain men* franceses y norteamericanos en Nuevo México. Y de otros como Juan María de Rivera, Andrés Muñoz (guía de la expedición de Domínguez y Escalante en 1776), José Rafael Sarracino, Mariano Arza y Lagos García (cazadores en The Great Salt Lake), Baptiste La Landa, etc.

Pese a todo, no hemos encontrado evidencias de cepos de origen y/o tipo ibérico (o español) en tiempos de los *mountain men* y pioneros pero sí numerosas importaciones desde Francia y Gran Bretaña.


Andrew García.

Y para ello hemos consultado algunos de los mejores libros especializados en trampas de acero en Norteamérica, de autores tales como Gerstell (29) o Russell (50) y numerosos catálogos de coleccionistas como el de Frodelius and Burt (30). Hemos planteado nuestra cuestión incluso epistolarmente a Tom Parr, conservador del más completo museo del cepo de Norteamérica y probablemente del mundo, que situado en Gallowey, Ohio (51) y que con más de 5.000 piezas se ha convertido en el lugar de referencia para investigadores y coleccionistas. Al tiempo Mr. Parr es presidente de la NATCA (North American Trap Collectors Association). Pero con igual resultado negativo.

Aunque para ser exactos, si tienen algunos cepos ibéricos en la sección europea del museo. Pero son piezas posteriores a 1900 provenientes de las compras de antigüedades por mayoristas del ramo en nuestro país y están selladas como Martín o Toledo. Apenas tienen información sobre ellos, además de errónea. Nos comentaron que fueron fabricados "por Don Benito" denominándolos como "Spanish Derr Trap" ya que allí llegaron a especular que las usábamos para atrapar ciervos. Y para más sorpresa nuestra, incluso creen que eran apropiadas para cazar pavos ¿?, ya que el gran plato del tambor podría sostener granos de maíz. Todo esto también fue publicado en 2012 en la revista "Fur Fish Game" (52) (Parr T., com. pers.).

En cambio sí hemos podido sacar algunas conclusiones.

La primera es que lógicamente entre los primeros modelos empleados en Norteamérica, abundaban los tipos más característicos de Gran Bretaña y Francia. Ambos de resorte único, como el buscado pero no presente allí, cepo ibérico. A los cuales se añadirían los diseños ya netamente americanos, siendo el más identificativo el que depurase y mejorase Sewell Newhouse con la Comunidad Oneida -el modelo "Newhouse"- y que terminaría imponiéndose junto a su posterior variante de resorte único, el llamado modelo "Víctor".

Cepo inglés o "gin" trap. Vintage Traps & Collectables.

Como inciso decir que el modelo allí conocido como "de estilo francés" siguió siendo largamente utilizado y que en realidad es tremendamente similar a nuestro cepo "cantábrico-pirenaico", que ya tipificáramos como de sustrato de nieve y hojarasca. Señalando que incluso tenía en España nombres locales específicos como "arteaixari" o cepo zorrero vasconavarro (10).

Este cepo es realidad un cepo de **inspiración centroeuropea** y por el sustrato para el que es más específico, especulamos con la idea de que quizás fuese más lógico pensar en que si tuvimos alguna forma de "exportación" de armadijas de hierro, fuese este tipo el más indicado según el hábitat (aunque sorpresivamente hemos visto en la colección de Gerstell (29) un cepo moruno de fabricación americana muy antigua). Y que… si es llamado allí como "francés", lo pudo ser

Cepo estilo francés (o lo que es lo mismo: tipo cántabro-pirenaico).

como consecuencia de la gran implicación de Francia en el comercio de pieles en Canadá, que inició con su monopolio en el s. XVII y más tarde continuó con la gran representación de franco-canadienses entre los *mountain men*.

Las ventajas individuales de los cepos más identitarios a ambos lados de Atlántico

Llegados a este punto, creemos poder señalar de manera sucinta las principales ventajas diferenciadoras de los modelos más característicos:

Respecto al modelo inglés, cepo de largo resorte único y de forjado arqueado: la presencia de una anilla deslizable a todo lo largo, que funcionaba con un seguro durante su postura. Quizás el modelo menos perdurable en la carrera por las pieles.

Cepos tipo Newhouse para osos. Foto:Tom Parr

Respecto al modelo francés (cántabro-pirenaico o centroeuropeo) con resorte único en ángulo de curvadura cerrada: un amplio y redondo plato de pisada que casi abarca en su totalidad la abertura de sus mandíbulas.

Respecto al americano modelo "Newhouse" (y sus hasta 8 tamaños principales y así ser apropiados a cualquier animal) (31): sus dos resortes son pivotantes y plegables hacia el interior de las mandíbulas

Cepo Newhouse para osos con sus resortes plegados.

permitiendo reducir enormemente su tamaño durante su transporte y almacenamiento (50). Algo esencial entre las impedimentas de los *mountain men*. Y que incluso en su extremada economía de supervivencia, cuando un resorte se rompía, seguían siendo trampas funcionales al disponer de otro. Además el resorte roto les permitía confeccionase un particular cuchillo

Trap spring Knife (cuchillo realizado con un resorte roto).

de buen acero que los caracterizaba como tramperos, y cuya peculiaridad era el ojal del resorte que se conservaba en el extremo del mango –a manera de anilla- y al que amarraban una cuerda como fiador. Todo porque perder un cuchillo en tierras salvajes les podía suponer perder la vida. Eran los "Trap spring knife" (cuchillos de resorte).

Y finalmente respecto al peninsular cepo ibérico (en muy diferentes tamaños como ya mencionáramos), de poderoso resorte único y curvado cerrado: su particular aro alrededor del plato (el conocido tambor), y que reiteramos, evitaba que la tierra o pequeñas piedras al enterrarlo en las posturas, evitasen su disparo.

El secreto del templado tradicional del acero de los resortes

Es indudablemente el aspecto más importante de la fabricación de un cepo -o "stell trap"- y lo que prestigiaba en mayor o menor medida a los herreros forjadores de ellos en los momentos preindustriales; pues se buscaba en el templado del resorte la mejor capacidad de acumular la fuerza ejercida en su deformación –sin romperse-, y su devolución en forma de "energía potencial elástica" que cerrase las mandíbulas. De hecho, el gran especialista Richard Gerstell le dedica una especial atención en su enciclopédico libro, recogiendo hasta 4 testimonios al respecto (29). Aunque básicamente todos radicaban en un calentamiento del acero hasta el color rojo-cereza y un cuidado enfriamiento además de particulares métodos secretos.

Así cita y como mejor ejemplo, que en la sección "Answers Requested", columna del Blackssmith and Wheelwriht" (Herreros y ruederos), un leído diario comercial de la época, como un individuo preguntaba (enero de 1883) como templar un resorte y luego enfriarlo, respondiendo un tal W. H. Ball:

1 - A la hora de forjar un resorte, hay que tener mucho cuidado para no sobrecalentar la barra y para que el calor, a golpe de martillo, no sea demasiado bajo. El punto de rojo de la forja debe ser lo más próximo al "rojo cereza" y golpear con el martillo al igual en ambos lados. Nunca se debe martillear de canto cuando se está a punto de alcanzar el grosor deseado. Es fundamental doblar el resorte de forma gradual y uniforme para que la tensión no se desplace demasiado hacia un lado. Un extremo del resorte se puede perforar para encajar las mandíbulas mientras que el otro se debe partir, estirar y soldar. Una vez completada la forja, llega el momento del templado, el cual se puede hacer de varias maneras. Algunos templan al aceite; otros untan el muelle con sebo quemándolo dos o tres veces.

Los resortes templados así van muy bien para terrenos secos, pero es fácil que se rompan la primera vez que se pone la trampa en barro o en agua. Yo prefiero mi sistema de templado, ya que hace que el resorte dure más. Yo lo que hago es calentar el resorte lo más uniformemente posible en un fuego de carbón, girándolo con frecuencia entre las brasas. Cuando lo tengo a un rojo cereza homogéneo, lo sumerjo de canto en una salmuera fuerte que no esté demasiado fría. Introduzco el temple en las brasas, girándolo una y otra vez hasta que percibo que ha adquirido un rojo tenue cuando lo sostengo cerca del fondo de un barril de clavos, con la parte de arriba parcialmente tapada. La mejor forma de determinar el grado de calor adecuado es frotando una vara sin pulir por los bordes del muelle. Cuando empiezan a saltar chispas, lo entierro en la ceniza de la forja y lo dejo ahí para que se enfríe. Cuando el resorte está frío, apoyo los extremos en un torno y empiezo a cerrarlo poco a poco. Si veo que no se curva igual de los dos lados y que se dobla más hacia uno, golpeo la parte gruesa antes de cerrar los extremos. Por experiencia sé que los resortes que se fabrican así son fiables en cualquier situación. Yo construyo mis muelles a partir de limas planas viejas.

Los otros testimonios son:

2- Si un herrero desea fabricar el mejor resorte para el mejor cepo del mundo, déjenle que rebusque en la montaña de chatarra de su taller, que agarre un pedazo de llanta gastada de acero "Bessemer", y que forje los resortes con ella a baja temperatura, dándole forma según el diseño de las trampas "Newhouse". Para templarlo, caliéntelo a rojo cereza y déjelo enfriar, luego séquelo con un trapo, recúbralo con aceite y sosténgalo a distancia de las brasas del horno moviéndolo hacia delante y hacia detrás para que se caliente igual por todos lados. Cuando parezca que el aceite ha penetrado el acero, aplique más y vuelva a sostener la pieza por encima del fuego hasta que se queme. Luego entierre el muelle en las cenizas de la forja y déjelo ahí a que se enfríe.

3- Mi idea es trabajar el acero con poco calor. Forje su resorte de forma que el aplanado quede bien. No levante los bordes después que haya empezado a aplanarlo. Endurezca el resorte con el nivel de calor más bajo posible. Prenda una tea o

algún otro tipo de sustancia resinosa, sostenga el resorte cerca de la llama hasta que se ennegrezca con el humo y comience a estirar el templado hasta que la capa negra empiece a pelarse.

Evidentemente, estas cuestiones también debieron ser esenciales en las fraguas tradicionales ibéricas. Y pese a que el templado en la Península igualmente debía contener secretos, no es aquí donde hemos encontrado uno de ellos. Sino en la composición de carbono necesaria para que junto al hierro se realizara la aleación del acero del resorte. Así en Ujué (Navarra) localidad de famosos herreros forjadores de cepos de nieve o cantábrico-pirenaicos, encontramos a Miguel Leza Berrade, quién curiosamente tras calentar la aleación (hierro más carbón vegetal) al rojo vivo ¿quizás el rojo cereza de los herreros americanos? y antes de sumergir la pieza en agua o aceite para enfriarla, **frotaba el resorte o muelle con el cuerno de un carnero**. Es preciso recordar que el componente esencial del cuerno es la queratina, y esta posee cerca de un 50 % de carbono, siendo este un componente imprescindible para conseguir el acero (53).

Desodorizaciones y otros disimulos olfativos del cepo

Existen numerosos tratados sobre cómo y dónde poner cepos, además de cómo confeccionar cebos de olor como atrayentes. Pero intencionadamente y respecto al lobo, no haremos ninguna labor de síntesis sobre ello. Solo mencionar que necesitaban ser enterrados de manera sutil para su ocultación en pasos de animales o cercanos a cebos (23).

Si en cambio haremos mención a su olor casi intrínseco… el olor a humano del hierro y el propio de la oxidación. O el de la sangre de sus víctimas. Y que era un aspecto absolutamente esencial para lograr capturar a este animal. En este respecto existieron tramperos/alimañeros que debieron dominar al extremo la técnica de la desodorización y/o camuflado del olor del cepo –como Daniélón, el lobero de Sierra Madrona, que tal como pudimos contar, era el colmo en este asunto y con curiosas anécdotas aún recordadas por los mayores- (12).

El caso es que unos, tras hervirlos con agua con o sin ceniza, con o sin plantas olorosas como los cogollos de romero, guardaban los cepos a la intemperie entre jarales o lentiscos. Otros, en sacos que evitaran el roce con sus propietarios. Pero nunca en el interior de las casas. También eran colgados de chaparros para orearlos largo tiempo. Y los más, ahumándolos sobre hogueras con abundante leña verde (y como ejemplo citamos de nuevo a las matas de romero). Proceder este muy delicado porque corría el riego de un excesivo calentamiento del resorte, que le hiciera perder el templado y por lo tanto la efectividad del armado (35). Y por supuesto nunca debían ser lavados con jabones ni frotados con estropajos (23).

Y lo mismo que existían recetas para confeccionar cebos de olor como atrayentes, también existían recetas de ungüentos o pomadas para el hierro del cepo. Al respecto encontramos una "secreta" y curiosa receta vasca empleada en la caza del zorro (54) y otra específica a base de "agua freza (estiércol) de oveja fresca" para enmascarar las cuerdas que sujetaban los cepos de lobos (35).

Estos aspectos olfativos nos hacer reflexionar sobre la gran dificultad de registrar a los lobos mediante cámaras de foto trampeo. Y la mayor propensión –si lo logramos- en el registro de lobos jóvenes respecto a adultos. Algo que ocurría con la captura de lobos con cepo. Era tremendamente difícil capturar lobos viejos.

Tememos que una manoseada cámara sea un condensado de olores tecnológicos y sobre todo, humanos. Y ahí radique la cuestión.

Del cepeo lobero de Bernardino en La Torrecilla (Sierra Madrona) al lobo de Currumpaw al norte de Nuevo México

En definitiva y como vimos, era el olor lo que hacía fracasar las posturas de cepos. Y a veces era la fortuna de una providencial lluvia o nevada, la que borraba olores humanos y propiciaba las capturas. Como le ocurrió a Bernardino Lorenzo Parra (1923

Nava el Sach, Andújar), guarda de la finca La Torrecilla en Solana del Pino (Ciudad Real) y lobero de gran oficio ligado a su puesto (15 animales fenecidos).

Lobo cepeado por el guarda de caza Bernardino Lorenzo (1923) en la finca La Torrecilla (Sierras del Hoyo de Mestanza y sierras de Andújar). Obsérvese la pata tronchada donde el cepo cerró las mandíbulas. Cortesía de Bernardino Lorenzo.

Y de nuevo recurrimos al excepcional archivo audiovisual "Memorias del lobo de Sierra Morena" y que puso en marcha Antonio Pulido para SIECE. Un meritorio y auténtico recurso antropológico del que todos debemos congratularnos tener a nuestro alcance y que es, sin duda alguna, fuente de consulta obligada (55).

Deseando no extender más nuestro relato proponemos abreviarlo no invitando a leer unas meras transcripciones de "cepeos loberos", sino a escucharla de uno de sus mejores protagonistas, el citado Bernardino. Que durante una amena entrevista de 32´ realizara A. Pulido, y condujeran sutilmente José Juárez y Estanislao Ponce. Una auténtica joya de la licología ibérica que nos permite contextualizar con naturalidad el uso del cepo, y sin ocultar la crueldad que conllevaba. Y que en definitiva nos muestra que eran armados por personas tan humanas como nosotros; simplemente que en otros tiempos y circunstancias -en la legítima lucha por la propia supervivencia del *animal humano*-.

Y a veces, pocas, esa actividad frente al lobo cambiaba diametralmente la vida del que los capturaba. Saltando de nuevo en nuestro relato, al otro lado del Atlántico y poco más de 100 años atrás en Nuevo México, no podemos dejar de citar la conmovedora historia de "Lobo, el rey de Currumpaw". Y como la despiadada persecución de uno de los últimos lobos mexicanos, y su cruel captura mediante cepos, conducen a un profundo arrepentimiento y el cambio de la concepción de su autor –Ernest T. Seton (1860-1945)- sobre el derecho a la libertad y a la vida salvaje de los animales (56).

"Lobo, el rey de Currumpaw" cuando cayó en los cepos de Ernest Thompson Seton. Foto: E.T. Seton .

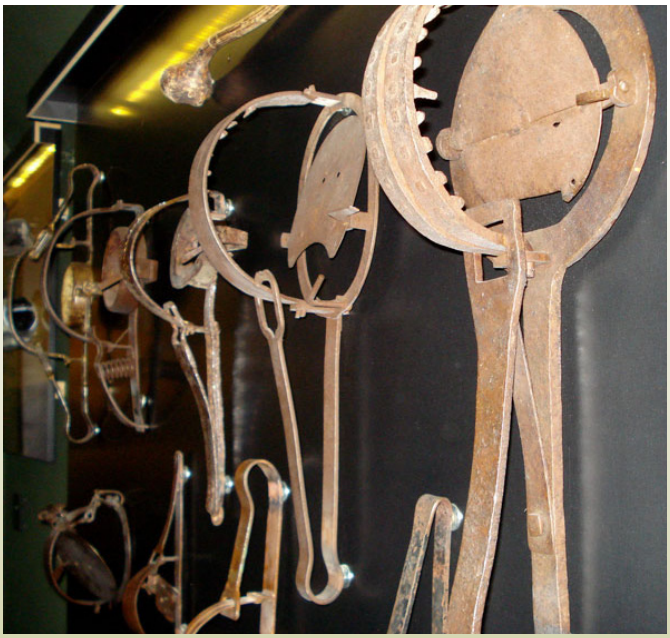
Este breve relato creemos que es la obra literaria más estremecedora y desgarradora sobre lobos caídos en cepos, concretamente unos eficaces "Newhouse" como podemos deducir de las fotografías existentes del momento. Y confesamos habernos estremecido con su lectura.

…Incluso los impasibles vaqueros lo notaron y dijeron: "Nunca antes escuchamos a un lobo quejarse de esa modo".

El estudio del cepo y su conservación. Museos y colecciones

A lo largo de este artículo hemos pretendido que en ninguna ocasión se hallan dado a entender apologías del uso de cepo. Como tampoco la condena expresa de quienes los utilizaron en tiempos pretéritos y que no deseamos juzgar con los ojos del presente. Sería injusto. Pero sí que nos parece abominable que hoy pueda alguien plantearse su uso. El pavor y sufrimiento que vemos en los ojos de un animal caído en un cepo rompe el alma del más impasible. Y la Red está llena de imágenes explícitas.

Pero por otro lado, creemos necesario no perder este recurso tangible que estremece sentimientos y que adecuadamente puesto en valor, nos acercaría más a la conservación del lobo en la Península. Nadie duda del aspecto educacional de las restauraciones de las trampas loberas construidas en piedra seca. Pero estas están donde están y no son portables. Los cepos de hierro, como el mismo lobo, lo estuvieron en cualquier rincón del país y con ello queremos decir que en cualquier lugar (centro de visitantes de PP.NN., museos de costumbres populares, granjas escuelas, etc.) puede esgrimirse su exhibición para conmover y cambiar actitudes.



Colección de cepos en el Museo de la Caza de Los Yébenes (Toledo). Foto: Javier Ruiz

Pero también hemos buscado "romper", con nuestros modestos conocimientos, la ignorancia sobre un objeto que no por denostado debe ser sumido en la absoluta ignorancia.

Pocas colecciones de cepos encontramos expuestas en nuestro país. Quizás una de las mejores es la mostrada en el museo de la caza de Los Yébenes (Toledo), amén de alguna privada. Pero como muchos de los cepos expuestos en museos etnológicos que se reparten por nuestra geografía, lo están sin clasificar ni aportar explicación alguna. Son solo grotescos hierros colgados entre otros muchos objetos metálicos oxidados de la vida cotidiana de nuestros antepasados.

No pretendemos para nada el dignificarlos, pero si invitar a su estudio y conservación de los más singulares.

Cierta envidia encontramos en la dedicación a su valorización y coleccionismo existente en los EE.UU. Con numerosas publicaciones y catálogos clasificatorios que tienen en el museo de Gallowey, Ohio, su mejor exponente. Pero también encontramos grandes especialistas en Gran Bretaña y Francia. En este último país, también hubo museos especializados (1000 piezas) como el de Cheveuges, Sedan (recientemente subastado en 2015). Y anecdóticamente, bastantes museos en Alemania dedicados a las ratoneras y rateras.

Con todo, esperamos al menos haber despertado la sana curiosidad sobre unos evocadores objetos que no deben dejar impasibles a nadie: y deseamos haber logrado desde ya, que las sensibilidades que suscitan los cepos contengan otros matices.

"El hombre es un lobo para el hombre": cepos para la de caza humanos

Homo homini lupus es una célebre frase extraída de la obra dramática *Asinaria* de Plauto (250-184 a. de C.). Pero que sin embargo fue popularizada por el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) en su obra *El Leviatán* (1651) al referir que el estado natural del hombre es la lucha continua contra su prójimo. Una metáfora del *animal humano salvaje* que llevamos dentro, que es capaz de realizar atrocidades y barbaridades contra los de su propia especie.

Dibujo de hombre atrapado por un cepo para humanos. Foto: Miller Christy

Cepo para humanos de finales del s. XVII. Comparativa de tamaño. Foto: Frodelius and Burt

Y si han existido muchos aspectos en los que lobo y el hombre hemos coexistido intensamente; también encontramos el hecho de haber compartido como manera de terrible infortunio el poder caer presas de un terrible cepo. Nunca más verdad hallaríamos entonces en el poder decir "hermano lobo" de San Francisco de Asís en la ciudad italiana de Gubbio, y que tanto gustase a Félix Rodríguez de la Fuente.

Y lo fue manifiestamente en la Inglaterra de finales del s. XVIII y principios del XIX, cuando con modelos diseñados específicamente, se pretendió combatir la creciente proliferación de cazadores furtivos que solo tenían la intención de poder alimentar a sus familias. Así encontramos cepos para humanos que datan de 1770 y es reseñable citar que en ocasiones eran colgados visiblemente y de manera disuasoria a la entrada de las fincas. Y nada menos que una decena de modelos de cepos humanos ha llegado

a recopilar entre diferentes museos y colecciones, el especialista inglés John Bailey (27). Como añadidura decir que estas trampas también se utilizaron en territorios del Imperio británico, como Australia; donde sirvieron para evitar las fugas de convictos en campos de trabajo agrícola. Así encontramos algunos ingenios en la colección del mayor especialista austral, Darol Walsgott. Y en los Estados Unidos, de tiempos coloniales, también los cita Richard Gerstell (29).

Estas trampas para humanos, junto con las "armas de fuego de resorte" (de la misma finalidad), fueron terminantemente prohibidas en Gran Bretaña el 18 de mayo de 1827.

Mucho en cambio deberíamos esperar para ver prohibidos los cepos para animales y en general los métodos de capturas no selectivas; pues no lo fue hasta la ratificación del Convenio de Berna relativo a la conservación de la vida silvestre y del medio natural en Europa, en septiembre de 1979 (a pesar de que con carácter general llevasen prohibidas en España desde 1970, mediante la Ley de Caza de 4 de abril). Aunque el Convenio no entrase en vigor con carácter general hasta junio de 1982. Su depositario es el Consejo de Europa en Estrasburgo (Francia).

Ya en 1991, los ministros de medio ambiente de la CE firmaron el acuerdo de prohibición de introducir en el mercado comunitario las pieles y productos manufacturados de trece especies de animales cazados mediante cepo, pues no se toleraría "que sufrieran una lenta agonía" y solo podrían ser atrapados si la caza se ajusta a "las normas internacionales de trampas sin crueldad" ¿?.

Para los más interesados en profundizar en el morboso tema de los cepos para humanos, recomendamos la lectura de "Man-Traps and Spring-Guns" de Miller Christy (57); una forma paradójica amable lector, de acabar nuestro largo viaje a través de estas páginas, con la evidencia de que hablando de cepos, también pudimos ser protagonistas de la fábula "El cazador cazado".

Epílogo

… Usaba por toda arma ofensiva y defensiva un nudoso garrote, terminado por un grueso nudo de la madera, formando una terrible cachiporra.

Cuando el tío Juan, "el Alimañero", había dado con la pista segura de algún lobo, por ejemplo, observaba uno y otro día las andanzas del animal por las huellas de éste dejaba en sus correrías, y una vez adquirida la certeza de que cotidianamente pasaba por determinado sitio, armaba sus férreos cepos al empezar la noche, yendo al terminar ésta y rayar el nuevo día a reconocer los "puestos".

Con su penetrante vista, sobre el blanco resplandor de la nieve –la época de los intensos fríos era la favorable para estas cazas-, divisaba el tío Juan, desde lejos, la presa atenazada por el cepo. Brillaban sus ojuelos semiescondidos tras las grises cejas de sus pobladas cejas, apresuraba su paso… La fiera, al notar la proximidad del hombre, se revolvía iracunda y babeante, girando sobre la ensangrentada y aprehendida mano o pata: los ojos, inflamados, chispeaban en las redondas órbitas…

El vejete se aproximada prudentemente y empezaba entonces un diálogo macabro entre el hombre y la fiera. El hombre, hablaba; la fiera aullaba, gruñía, rechinaba los dientes…

-¡Hola amigo! Ya nos hemos encontrado. ! Je, je, je… ! ¡Vaya un gesto que tienes! No me esperabas, ¿verdad? No te figurabas tú que iba a venir el tío Juan con la cachiporra…

El nudoso garrote empezaba a describir pausados círculos sobre la cabeza del viejo.

-¡ Querrás estarte quieto…? ¿No ves que no voy a atinarte…? ¡Para, roba-ovejas, para…!

La cachiporra giraba ya, rápida y violenta.

-¡Quieto, condenado! ¡Ladrón! ¡Perro…! ¡Quieto…! ¡Ahora…! ¡Ahora…!

¡Crac…! Oíase un golpe seco. La terrible cachiporra, con violencia insospechada al ser movida por aquel enjuto brazo, y con certera puntería, había roto el cráneo de un solo golpe, al indefenso animal, que se debatía en convulsiones agónicas… (58).

Agradecimientos

Una vez más, tan solo pretendemos ser transmisores de la desconocida u olvidada sabiduría de otros, en otros tiempos. Y para ello siempre contamos con la imprescindible ayuda de esos escasísimos "ilustrados de lo rural" que nos honran con su amistad. Destacando en esta ocasión Leocadio Rueda, José Manuel Amarillo y Patricio Mateo-Quesada. También otros han enjugado amablemente nuestras muchas carencias; como Paco Hortas, Chúss Fernández, Carlos Soto, Manuel Moral, Paco García, Paco Gragera y Josep Maria Massip. Y por supuesto Víctor Gutiérrez Alba. Sin olvidar a quién nos ayuda acompañándonos infatigablemente en interminables pesquisas por los últimos territorios de la España salvaje o entre montones de libros, como María José Morales o Félix Jiménez de los Galanes respectivamente.

Igualmente deseamos expresar nuestra gratitud a quienes nos brindan su confianza y conocimiento, aun cuando apenas nos conocen; como Mr. Tom Parr, D. Francisco Pastor, D. Carlos y Dña. Myriam López de Carrizosa.

A ellos y a muchos más sin duda ¡GRACIAS!

Bibliografía

1.- http://www.mapama.gob.es/es/biodiversidad/temas/inventarios-nacionales/censo_lobo_espana_2012_14_tcm7-414048.pdf

2.-Palacios, F. (2016): El lobo en Sierra Morena. Ponencia. Emlobados 2016. Solana del Pino (Ciudad Real).

3.- Gutiérrez, V. (2005): El Lobo ibérico en Andalucía. Fundación Gypaetus. Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. Sevilla.

4.- Rueda, L y Gutiérrez, V. (2014): Leocadio y los lobos. Memorias de un pastor de la sierra de Andújar. Asociación Hombre y Territorio.

5.- Ruiz, J. (2015): Aproximación a la presencia de chuzos monteros y loberos en Sierra Morena centro-oriental. Revista Luparia nº1. Asociación Amigos del lobo de Sierra Morena. Sevilla.

6 .-Ruiz, J. (2016): Acercamiento a una poliorcética lobera en Sierra Morena centro-oriental. De lobos ganaderos (cabreros y cochineros) a lobos del cervuno. La cabra castiza ¿una nueva herramienta para la conservación del lobo? Revista El Corzo nº 4. Sociedad Gaditana de Historia Natural. Cádiz.

7.- Vega, J.I. (2013): Los valores intangibles del lobo ibérico como recurso turístico competitivo. Estudios Turísticos nº 198. Subdirección General de Conocimiento y Estudios Turísticos. Instituto de Turismo de España. Secretaría de Estado de Turismo.

8.- Talegón, J. y Santiago J.L. (2013): El lobo vivo impulsa la economía local en La Culebra. Revista Quercus nº323. Drosophila ediciones S.L. Madrid.

9.- Rico, M. y Torrente, J.P. (2000): Caza y rarificación del lobo en España: Investigación histórica y conclusiones biológicas. Revista Galemys 12 (nº especial). I Congreso Hispano-Luso. Situación y Conservación de las poblaciones de Lobo en la Península Ibérica. Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM). Universidad de Málaga.

10.- Boza, M. (2002). El trampeo y demás artes de caza tradicionales en la península Ibérica. Editorial Hispano Europea. Barcelona.

11.- Tercero, M. (1935): La caza del lobo: A "la espera" entre riscos. Edición 23 Nov. ABC. Sevilla.

12.- Ruiz, J. (2016): Danielón, el último lobero histórico de Sierra Morena. Revista Luparia nº2. Asociación Amigos del lobo de Sierra Morena. Sevilla.

13.- García, J.L. Olmo, J.J. y Serrano de la Cruz, M.A. (2015): Paisajes del Valle de Alcudia y Sierra Madrona (Ciudad Real). Cartografía de tipos y unidades. Análisis espacial y representación geográfica: innovación y aplicación. Universidad de Zaragoza.

14.- London, J. (1980): La llamada de la selva. Todolibro. Bruguera. Barcelona.

15.- London, J. (1980): Colmillo blanco. Todolibro. Bruguera. Barcelona.

16.- Guthrie, A.B. Jr. (2014): Bajo cielos inmensos. Colección Frontera. Ediciones Valdemar. Madrid.

17.- Fisher, V. ((2012): El Trampero. Colección Frontera. Ediciones Valdemar. Madrid.

18.- Punke, M. (2015): El renacido. Planeta Internacional

19.- http://www.rtve.es/alacarta/videos/el-hombre-y-la-tierra/hombre-tierra-serie-canadiense-trampero/3329187/

20.- http://senderointernacionalapalaches.org/

21.- Doval, G. (2009): Breve Historia de la Conquista del Oeste. Ediciones Nowtilus S.L. Madrid.

22.- https://www.museodelprado.es/actualidad/exposicion/los-objetos-hablan-colecciones-del-museo-del-prado/044389f6-e74c-42cf-a30e-f124a434a76b

23.- España, J. (1972): Caza de Alimañas. Las costumbres, reconocimiento y caza con armas de fuego y cepos de los llamados mamíferos dañinos. Samarán.

24.- Valverde, J.A. (1991): Trampas y cepos en España. Manual de ordenación y gestión cinegética. IFEBA. Badajoz

25.- Valverde, J.A y Teruelo, S. (2001): Los lobos de Morla. Al-Andalus Ediciones. Sevilla.

26.- Boza, M. (2002): El Trampeo y demás artes de caza tradicionales en la península ibérica. Editorial Hispano Europea. Barcelona.

27.- Bailey, J. (2007): British traps for mammals. Fieldfare Publishing.

28.- Chaigneau, A. (1958): Manuel du piégeur Payot. Paris.

29.- Gerstell, R. (1985): The Steel trap in North America. Stackpole Books. Harrisburg Pensylvania.

30.- Frodelius and Burt (1975): The trap collectors guide. Burt´s Printing Service, Inc. Dalton. New York.

31.- Livingston, E.H. Editor (2012): The trapper´s biblie. Skyhorse Publishing. New York.

32.- https://antcamacho.wordpress.com/2012/05/10/don-benito/

33.- Massip, J.M. (2016): El recurso a los venenos para el exterminio de lobos en Cataluña.
Revista Luparia nº 2 Asociación Amigos del lobo de Sierra Morena. Sevilla.

34.- Mascall, L. (1590): A Booke of Engines and traps to take Polcats, Buzardes, Ratte, Mice and all other kindes of Vermine and beasts whatsoever, most profitable for all Warriners , and such as delight in this kinde of sport ans pastime. Printed by John Wolfe. London.

35.- Semanario de Agricultura y Artes dirigida a los Párrocos (1799): Del lobo y su caza. Tomo 6, nº 152, 153 y 154. Madrid.

36.- Cubría, M. (2014): Castores, Sombreros y expansión colonial en el siglo XVII. Historia Moderna I. Prof. Susana Truchuelo. Curso 2013-2014. Universidad de Cantabria.

37.- Sánchez, J. P. (2001): Exploradores, comerciantes y tratantes de esclavos. La forja de la Vieja Ruta Española 1678-1850. Editorial Laertes. Barcelona.

38.- Valverde, J.A. (2005): Reyes, osos, lobos, espátulas y otros bichos. Memorias de un Biólogo Heterodoxo. Tomo VI. Edición V&V /SIA S.L. Madrid

39.- http://sierrasalvada.blogspot.com.es/2015/04/el-raposero.html

40.- http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1984/11/24/026.html

41.- Urquijo, A. (1985): La firma del Convenio de Berna podría ser polémica a causa de su anejo II. Edición 4 de Oct. ABC. Madrid.

42.- https://pateblog.nma.gov.au/2015/11/20/round-the-traps/

43.- Guerrero Hortigón, L. (1992): El Caballero del verde gabán. Autoedición. Graficromo. Córdoba.

44.- https://antcamacho.wordpress.com/2012/05/10/don-benito/

45.- http://museodecaceres.gobex.es/filescms/web/uploaded_files/Noticias_11.pdf
46.- http://www.espatentes.com/pdf/0252667_u.pdf

47.- http://www.sherrillny.org/

48.- http://hispanismo.org/biografias/21690-manuel-de-lisa-el-trampero-espanol.html

49.- http://www.franksrealm.com/Indians/mountainman/pages/mountainman-andrewgarcia.htm

50.- Rusell, Carl P. (2011): Firearms, Traps, and Tools of the Mountain Men. A guide to the equipment of the trappers and fur traders who opened the Old Wets. Skyhorse plublishing. New York.

51.- http://www.victorpest.com/blog/2015/10/21/meet-tom-parr-curator-of-the-trap-history-museum/

52.- http://www.furfishgame.com/store/backissue2012.html

53.- http://cpujue.educacion.navarra.es/blog/2014/03/trampas-para-cazar-animales/

54.- Satrústegui, J. M. (1975): El cebo para la caza del zorro en un documento vasco del siglo XVIII. Fontes linguae vasconum: Studia et documenta. Año nº 7, Nº 20.

55.- https://vimeo.com/100739698

56.- Seton, E. T. (2015): El Rey de Currumpaw. Clásicos de Grandes Naturalistas. Editorial Tundra. Castellón.

57.- http://library.la84.org/SportsLibrary/Outing/Volume_41/outLXI06/outLXI06n.pdf

58.- Soriano, J. (1925): La "perra grande". Cuento de pueblo. Edición de 27 de Dic. BLANCO Y NEGRO. Madrid.

59.- Sánchez Gascón, A. (2001): Los hombres nunca lloran. Exlibris Ediciones S.L. Madrid

Autor

• **Javier Ruiz**
Correo: javiermarismas@yahoo.es

© Sociedad Gaditana de Historia Natural
ISSN 2445-2718
e-mail: sghn96@gmail.com
Diseño de portada: Carlos Soto
Maquetación y montaje: Carlos Soto